

## **CONCLUSIÓN**

### **SEGUNDA PARTE**

Remontándonos sobre lo ya expuesto, podemos considerar que hay dos posibilidades fundamentales para la conciencia humana: la conciencia dualista y la conciencia unificada. La conciencia dualista percibe la realidad en pares de opuestos (placer o dolor, bien o mal, vida o muerte, creación o destrucción). Está generalmente fundamentada en la separación de díadas abstractas por parte del pensamiento lógico-analítico, localizado en el hemisferio izquierdo. La historia de la filosofía occidental ha seguido la línea de una progresión convergente entre lo mental y lo empírico. Sin embargo, la conciencia unificada de la filosofía oriental trasciende los opuestos al darse cuenta de que son aparentes. Se produce con predominancia en el hemisferio derecho, que reconcilia todas las díadas posibles. Las actividades del científico y del místico han oscilado entre la consideración de una de las dos conciencias. Esto significa que los parámetros perceptivos y de actuación de la actividad científica y de la actividad mística difieren, y en este sentido cabe incluso una oposición. Pero cuando consideramos la cuestión desde un punto de vista más amplio, lo que parece una oposición es en realidad una unidad, porque la creación científica es de naturaleza complementaria a la realización mística. Ambas están hechas de los mismos elementos esenciales, aunque con diferentes grados de desarrollo. Cuando penetramos en esta visión, nos damos cuenta de que los hemisferios cerebrales forman parte de la dualidad y la unidad del universo.

La percepción eidética y la actuación expresiva, incesantemente revividos desde sus orígenes a través del mito y el rito, se convierten en los elementos primordiales que caracterizan a la actividad mística. Al místico le interesa más el sentir directo de la naturaleza a través de la percepción intuitiva (sensible e intelectual), que posee un poder empático de comprensión inmediata. Utiliza la intuición como principio revelador de la realidad absoluta, de la esencia, capaz de hacer resonar las formas particulares con las universales, una síntesis que le pone en contacto con la concepción holística del hemisferio derecho. En último análisis, el místico trata de ver la vida por lo que es, sin todas las categorías racionales (palabras, teorías, conocimientos o creencias) dadas. A este nivel no hay ideas aisladas, sino enlazadas en una estructura holográfica. De ahí que sus arquetipos estén todos unificados. Por contraste, el científico se fundamenta en la

percepción práctica, cuya operatividad se dirige fundamentalmente hacia la actuación técnica, por la que se manifiesta el mundo objetivo de la ciencia y la tecnología. El científico se pregunta por el por qué de las cosas y trata de dar respuesta a sus preguntas a partir del pensamiento lógico-racional, propio del hemisferio cerebral izquierdo, su principal instrumento de conocimiento, que se guía merced a la intuición contrarrazonada y formalizada. Para dirigir y formalizar la información que el objeto en sí mismo le profiere, el científico se sirve de los procedimientos metódicos deductivos e inductivos, que matizan los productos intuitivos en la formulación y contrastación de hipótesis encaminadas al establecimiento de leyes y de teorías científicas.

Las interpretaciones científicas distan bastante de las místicas, en tanto que excluyen toda explicación que no se ajusta a fenómenos observables y demostrables. El razonamiento y el experimento por medio de los cuales se someten a prueba sus hipótesis disuelven la totalidad en múltiples categorías aisladas. En las interpretaciones místicas las identidades pueden considerarse como hologramas, en el sentido de que todas las partes evocan a la totalidad. Es por ello que la mística intenta penetrar más allá de lo múltiple, hasta el punto de reconocer la multiplicidad como una ilusión. La ciencia, al dividir el universo en segmentos denominados y clasificados, conceptualiza las cosas y los acontecimientos hasta aislarlos de la totalidad, configurando el reino de la multiplicidad. Pero sin duda es cierto que las actividades del científico y del místico contienen un marcado carácter integrador, pues se implican y poseen el mismo valor en la vida humana completa, constituyendo las dos fases del acto mismo de la práctica creadora y del conocimiento. De hecho, los científicos saben que todo nuevo descubrimiento se origina en el mismo dominio del pensamiento intuitivo, aunque las actividades racionales conformen la mayor parte de sus investigaciones. En la actividad científica, la intuición y la razón se implican y compenetran, se sostienen mutuamente, siendo errónea toda escisión o absorción de los dos dominios. Lo mismo es válido para la actividad mística, pero con la salvedad de que la mente intuitiva funciona durante períodos más prolongados de tiempo. Por tanto, el proceso creativo del científico y del místico resultan ser similares, aunque con graduaciones específicas. Son las mentes de

las personas quienes separan la mística y la ciencia en posiciones extremas, debido a la rivalidad entre un pensamiento y otro en las prácticas sociales.

Como contraste con el cálido y personal mundo expresivo de la mística, se halla el mundo frío, impersonal y tecnicista de la ciencia. La mística entra en la esfera de toda formación humana, artística, filosófica y religiosa, cuyo pilar se fundamenta en las teorías metafísicas, que tienen su origen en los mitos e ideales, donde la parte está fundida con el todo, pero sin disgregar la realidad única e individual que la caracteriza. La ciencia entra en el terreno de todas las disciplinas científicas, para las que es necesaria la fragmentación entre el todo y la parte, con objeto de llegar a conocer los elementos constitutivos de las cosas. Aquella se presenta como una revelación expresada en un lenguaje poético y metafórico, dicese la mitad ideal o intuitiva de la verdad; y esta como el ejercicio sometido a la objetividad que proporciona el lenguaje analítico de la ciencia, la mitad real o racional. Mas las dos formas conocedoras se sitúan en una misma escala de contigüidad, pues nos ofrecen explicaciones vitales de una misma realidad, a través de las cuales llegamos a una imagen total de nosotros mismos y del mundo, una valoración que solo es posible hacer coincidir a fuerza de un intenso trabajo unificador. Mientras tanto, la idea del progreso de la humanidad hacia procesos más completos y complejos no debería radicar solo en el avance de los conocimientos de las múltiples disciplinas por separado, sino también en la marcha hacia la integración. Precisamente, el derroque de toda utopía está en hacer concordantes los diferentes productos mentales, desde los conocimientos intuitivos ya existentes hasta los científicos, para así crear nuevas asociaciones que pulvericen sus fronteras.

En la actualidad, empiezan a darse indicios de ese vínculo que nos está llevando a una profunda transformación cultural. Estos cambios están propiciando el despliegue de un nuevo paradigma en el que los aspectos científicos y religiosos desempeñan papeles complementarios, un paradigma de confluencias que equivale más bien a una fusión, una conjunción de la unidad y la dualidad. Superar ambas tiene que ser la gran tarea de los creadores de cualquier índole en nuestro tiempo, para la cual he prescrito un método novedoso que toma muchos conceptos abstractos del método dialéctico: el método

holofrónico. El método antedicho tiene que ver con las enseñanzas de la geometría fractal en torno a los criterios monotómicos, ditómicos y tritómicos de la ciencia, que parece apoyar la apreciación arquetípica en torno al monismo, el dualismo y el tritismo de muchas cosmovisiones. El resultado es la posibilidad de englobar sus “teorías” dentro de una coherencia que correlacione el proceso secundario del hemisferio izquierdo, cuyas partes crean el todo, con el proceso primario del hemisferio derecho, cuya totalidad crea las partes. Al fin y al cabo, si “la parte es el todo”, no tiene sentido dividir esos dos dominios. Puede incluso que su combinación sea crucial para llegar a un principio unificador gracias al cual podamos explicar y comprender muchas cosas. En algún sentido, el hecho de que se puedan relacionar los datos psicológicos, científicos, filosóficos, antropológicos, místicos y artísticos, es ya una prueba de que es posible darles un tratamiento interdisciplinario, cosa que hace necesario profundizar aún más en la teoría y en la práctica. El método holofrónico puede construir esas conexiones mediante un movimiento de organización recursivo o iterado, capaz de producir estructuras auto-similares independientemente de la escala específica de observación, como en un fractal. Las iteraciones consisten en repetir un mismo patrón que combine subjetividad y objetividad, irregularidad y estructura, unidad y variedad en los distintos niveles del conocimiento, relacionando el todo con la parte y la parte con el todo, a modo de los hologramas y los fractales estudiados. Todas las partes deben generarse de manera natural e intuitiva, de acuerdo a principios simples de simetría con los que se pueda formar un conjunto de ideas dentro de una totalidad unificada. Un método repetitivo, sencillo, coherente y bello que, al partir de una reorganización revolucionaria del conocimiento, obliga a cambiar radicalmente la visión general del mundo.